

Vigencia de argumentos y sin razones para la lactancia al pecho. Dos milenios de debate

La explicación última de lo que queremos proviene de aquello que somos sin querer
Fernando Savater

Leopoldo Vega Franco

Motivado por la lectura de un libro de un escritor latino,¹ en el que el autor da cuenta de los conceptos de su mentor griego (de nombre Favorino) para convencer a la madre de una joven parturienta a que alentase a su hija para que lactase ella misma a su hijo recién nacido, me ha parecido de interés transcribir sus argumentos.

Es natural pensar que los razonamientos implícitos en el discurso de este sofista, en torno a la lactancia al seno, tengan como fundamento las creencias y costumbres que prevalecían en Atenas en esa época. También es lícito suponer que en las razones expuestas en su discurso subyacen preceptos morales de la filosofía *helenística* con los cuales pretendía resaltar las bondades de la leche materna. De la lectura entre líneas de las palabras expresadas por él es fácil adivinar algunas sin razones que pretendía combatir, las que seguramente solían expresar algunas madres para no lactar a sus hijos; éstas no parecen ser distintas a las expresadas por las mujeres del mundo contemporáneo. Sigamos por dos breves minutos los conceptos de Favorino.

Acompañado de sus discípulos entró al vestíbulo de la casa de la parturienta, felicitó al padre y se sentó; después de informarse si el parto había sido largo y laborioso y “enterado de que la joven puérpera, fatigada por el insomnio y los dolores se había dormido, dio más libre curso a sus palabras. –No dudo, dijo, que esté dispuesta a criar a su hijo por sí misma–. Habiendo contestado la madre de la joven que era necesario tomar precauciones y dar nodrizas al niño para no añadir a los dolores del parto la fatiga e inquietudes de la lactancia, replicó Favorino –Yo te ruego, oh mujer, que permitas (a tu hija) sea por completo madre de su hijo. Engendrar y después arrojar lejos de sí al niño que se ha dado luz, ¿no es maternidad imperfecta y contraria a la naturaleza? Solamente se es madre a medias cuando después de haber nutrido con su sangre en el propio seno a un ser que no se veía, se le niega la leche cuando ya se le ve vivo e implorando las funciones materna-

les. Y tú también, añadió ¿crees que la naturaleza ha dado los pechos a las mujeres como graciosas protuberancias destinadas a adornar su seno y no para alimentar a los hijos? Con esta idea, la mayor parte de nuestras mujeres elegantes (y tú estás muy lejos de pensar como ellas) se esfuerzan en secar y agotar esta fuente sagrada en que el género humano aspira la vida, con este propósito ellas hacen cuanto pueden por corromper o desviar la leche, persuadidas de que afearán estos signos de belleza... Pero con tal que viva y se alimente, poco importa, dicen, de qué seno la saque ¿por qué no dicen también que importa poco en qué cuerpo y de qué sangre se forme el hombre? ¿no es ésta acaso la misma en el seno (*matriz*) que en el pecho? ¿es posible no reconocer la intención de la naturaleza al ver esa sangre generadora, después de haber formado al hombre en su misterioso taller, dirigirse a las partes superiores, en el momento en que se acerca la hora del parto, dispuestas a secundar la vida en sus comienzos y a ofrecer al recién nacido una alimentación que le es familiar? No sin razón se ha pensado que si el germen tiene fuerza y virtud para crear semejanza de cuerpo y espíritu, la leche tiene propiedades análogas e igualmente poderosas [...] ¿qué razón, pues, puede haber para degradar la nobleza que trae el hombre al ver la luz, para deteriorar ese cuerpo y esa alma que ha comenzado bajo tan felices auspicios, para corromperla con alimentos de sangre extraña? ¿Qué sucederá, además, si la nodriza que le deis es esclava por su condición o sus costumbres; si es, según se acostumbra, extranjera o bárbara; o si es indigna, deforme, borracha o impudica? Otra consideración que no se ha de despreciar: ¿No es cierto que las mujeres que abandonan o destierran lejos de ellas a sus hijos, para que los amannten otras, rompen, o a lo menos debilitan los lazos de cariño con que la naturaleza une las almas de los hijos y de los padres? [...] Un niño a cargo de nodriza no está menos olvidado que un muerto. El niño, por su

parte, dirige, desde luego, todo su cariño a la que le alimenta, y la que le ha dado vida no le inspira ningún sentimiento, ningún afecto, ni más ni menos que si fuese un expósito. Así se altera y desvanece la piedad, cuyo primer germen había puesto a la naturaleza; y si aparenta todavía el niño amar a su padre y a su madre, este amor no es efecto de la naturaleza, sino fruto de la sociedad y de la reflexión”.

Casi dos mil años después ¿cuántas veces hemos escuchado la antítesis de los argumentos que Favorino pretendía debatir? Tal parece que el temor que abrigan algunas mujeres de que su belleza se vea alterada por la maternidad, o por lactar a su hijo al pecho, ha permanecido inmutable. Esto puede ser debido a que ciertos principios que rigen nuestras conductas básicas tienen su origen en las culturas mediterráneas; por eso es que aún viven en nosotros, con la misma intensidad de antaño, resabios de temores, creencias y supersticiones. Debido a nuestra humana naturaleza es inevitable que el comportamiento que tenemos ante la vida no haya cambiado en miles de años. Savater² se inclina a pensar que *la explicación última de lo que queremos proviene de aquello que somos sin querer*: somos –**sin querer**– seres biológicos y como seres humanos **precisamos** vivir en una sociedad. Por esta razón, la manera en que nos conducimos ante diversas circunstancias y la conducta que adoptamos al interactuar en una sociedad, tienen en común que ambas conductas giran en torno a la **vida y a la libertad**.

Para el hombre, preservar la vida y la libertad son la razón de su existencia gregaria.

La conducta en favor de su individualidad se traduce en el autocuidado de su salud, en cultivar su autoestima y en preservar su integridad personal, procurando que todo esto ocurra en un entorno gratificante tanto en el ámbito emocional como en el afectivo. Algunas de las motivaciones que dan cimiento a su individualidad conciernen a la satisfacción de sus necesidades básicas; a la preservación y fomento de su salud; al cultivo de una imagen corporal que mejore su autoestima y a estimular la cohesión entre los miembros de su familia. Algunas de ellas pueden explicar los temores que abrigaba la madre de la parturienta.

Para entender mejor la libertad del hombre en su convivencia social, es pertinente resaltar que este privilegio está condicionado a que individualmente se conduzca dentro de los límites establecidos en leyes y reglamentos que rigen su destino. Sin embargo, no menos importante es que el hombre individual cumpla con las normas sociales implícitas en las costumbres y tradiciones que dan identidad a la cultura inmaterial de la sociedad en que vive. Cualquier trasgresión a leyes o

normas conlleva faltas a la moral: unas son sancionadas por las leyes, en tanto que otras merecen la desaprobación de la sociedad.

En el contexto de libre albedrío y del cumplimiento de normas sociales, hombres y mujeres se desenvuelven conforme a las expectativas de comportamiento que la sociedad tiene de ellos, en cada etapa del ciclo de vida y ante diversas circunstancias. Es precisamente en este contexto que las sociedades identificadas dentro de la llamada cultura occidental, por siglos han percibido que el feliz epílogo del nacimiento de un niño es la lactancia al pecho de su propia madre. Es probable que los argumentos de Favorino sean la expresión de la conciencia colectiva de los pueblos mediterráneos cuya forma de pensar era producto de la influencia ejercida por los filósofos helénicos, de tal manera que al señalar que una mujer es “madre a medias” cuando después de haber nutrido a su hijo en su vientre con su propia sangre, al nacer le niega sus pechos, “¿no es (esto) maternidad imperfecta y contraria a la naturaleza?” en estas palabras expresa probablemente el sentir de la sociedad, o bien los argumentos que probablemente algunos filósofos argúan con el propósito de erradicar la costumbre de emplear nodrizas para lactar a los niños, práctica común entre los pueblos de la Mesopotamia desde 1800 años antes de Cristo.³

Cabe reconocer que muchas mujeres deciden el tipo de lactancia que darán a su hijo, antes de que éste vaya a nacer. En aquellas dedicadas sólo al cuidado de su casa contribuyen en su decisión, por un lado, el temor de que sus pechos –que le dan identidad genérica y belleza física– al amamantar a su hijo vayan a perder su forma y consistencia, y por el otro, la incertidumbre del riesgo que correrá la vida de su hijo al no lactarlo al seno.

Respecto al primero de estos argumentos, Favorino espeta, ¿acaso “crees que la naturaleza ha dado los pechos a las mujeres como graciosas protuberancias destinadas a adornar su seno y no para alimentar a los hijos? Y con respecto a la leche materna, dice: “No sin razón se ha pensado que si el germe (de padre y madre) tiene fuerza y virtud para crear semejanzas de cuerpo y espíritu, la leche tiene propiedades análogas e igualmente poderosas” argumentando de esta manera la razón por la que los niños no deberían ser lactados por esclavas nodrizas, lo que ahora se señala con las fórmulas lácteas.

Es conveniente no perder de vista que la vida de todo ser humano responsable de sus actos, depende de la administración que cada uno hace de su propia vida. Esto implica desarrollar una clara conciencia de la *responsabilidad* que debe asumir frente a sus actos y decidir por la *conducta* más apropiada a las pautas culturales de la sociedad en que vive. Es increíble que en el umbral del

año 2000 todavía subsistan en nuestra sociedad argumentos milenarios para no amamantar a los recién nacidos; muchos de los conceptos vertidos por Favorino tienen aún vigencia.

Aunque los avances en la tecnología alimentaria han permitido que las ciencias de la nutrición adecúen cada vez más la leche de vaca a la alimentación de los niños lactantes, lo que será difícil superar es el misterioso influjo afectivo que domina la interacción madre-hijo durante la lactancia al pecho, seguramente favorable para ambos; tal presunción requiere de mayor número de estudios, a pesar de su complejidad.

En tanto se verifica esta hipótesis es pertinente parafrasear a Favorino: un niño a cargo de nodriza o nana no

está menos olvidado que un muerto; el niño dirige todo su cariño a quien le alimenta, ni más ni menos que si fuese un expósito; como contraste, la que le ha dado la vida no le inspira ningún sentimiento o afecto, y el amor que sentirá por ella más tarde será fruto de la comprensión acerca de él mismo como miembro de una familia.

REFERENCIAS

1. Gelio A. *Noches Áticas*, México: Editorial Porrúa 1999: 213-215.
2. Savater F. *Diccionario Filosófico México*: Editorial Planeta Mexicana 1997: 138-155.
3. Lara PF. *Código de Hammurabi*. Madrid: Editorial Nacional 1982. 114.